

## **HISTORIA CRIMINAL DEL CRISTIANISMO** (Introducción general)

Por **Karlheinz Deschner**

Edición *in memoriam* de la introducción general del tomo I, traducción de J.I. Bravo, sobre la de la editorial losindios, Granada-2014.

### **I PARTE**

Colección: Bibliografía general  
Fecha de Publicación: 27/04/2014  
Número de páginas: 118 (57, I Parte)  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

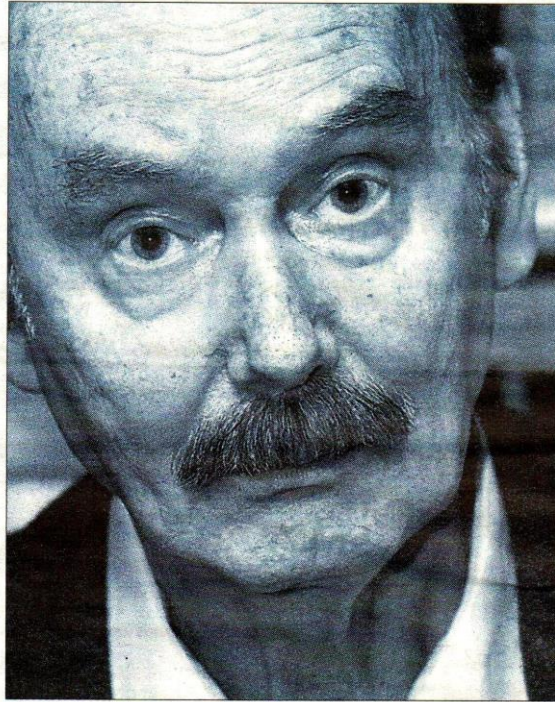
# Karlheinz Deschner, abogado del diablo

Escribió a lo largo de más de cuatro décadas los diez volúmenes de su 'Historia criminal del cristianismo'

JESÚS ALBORÉS

El 8 de abril pasado, a poco más de un mes de cumplir los noventa años, le llegaba la muerte al escritor e historiador alemán Karlheinz Deschner (Bamberg, Baviera, 1924), que el año pasado publicaba el décimo tomo de su *Historia criminal del cristianismo*. Por razones de edad y salud, con él tuvo que dar por concluido uno de los más monumentales, pormenorizados y documentados alegatos contra esta confesión de todos los tiempos, cuya redacción había comenzado hacía más de 25 años, tras otros 17 de estudios preparatorios. A lo largo de sus cerca de 5.000 páginas en la edición alemana, Deschner desgana de forma exhaustiva el milenario rosario de desmanes violentos, mezquindades dogmáticas y conductas hipócritas en las que incurrieron a través de los siglos todo tipo de sectas, confesiones y príncipes cristianos, y muy en particular la Iglesia católica, desde sus orígenes en el judaísmo hasta las dictaduras del pasado siglo, a las que el estudio alemán dedicó otros dos tomos complementarios, editados en español como *Política de los papas del siglo XX* por Yalde en 1994. Traducida a múltiples idiomas, la editorial Martínez Roca fue publicando los siete primeros tomos de esta obra a lo largo de los años noventa.

Deschner veló sus primeras armas literarias con la novela de 1956 *Die Nacht steht um mein Haus*. Al año siguiente publicaba *Kitsch, Konvention und Kunst*, una recopilación de certeros y en ocasiones visionarios ensayos de crítica literaria. Casi simultáneamente presentó una colección de entrevistas a figuras literarias del momento —como Heinrich Böll, Arno Schmidt, Max Brod o Arnold Zweig— sobre su postura en materia de fe. Cinco años después dió a la luz *Abermals krähte der Hahn*, estudio dedicado a desmitificar la Iglesia de los primeros tiempos y los orígenes del papado. Apoyado en un aparato textual apabullante, fue su carta de presentación cuando, en 1970, planteó a la editorial alemana Rowohlt el colosal proyecto al que acabaría dedicando sostenidos y titánicos esfuerzos. En 1986 apareció el primer tomo de su *Historia criminal*, en el que indaga en las raíces veterotestamentarias de la peculiar relación del cristia-



Karlheinz Deschner, historiador, en 1999. / WOLF-DIETRICH WEISSBACH (AP)

## Fue excomulgado por su matrimonio con una mujer separada

nismo con la violencia política y sigue sus pasos hasta la época de Agustín de Hipona.

Nacido en el seno de una familia católica (su madre, de familia protestante, se convirtió a esa religión antes de casarse), Deschner cursó sus estudios elementales y medios en instituciones de diversas órdenes religiosas. En 1942, junto al resto de su promoción, se incorporó a las filas de la Wehrmacht. Fue herido en varias ocasiones y cuando el III Reich se desplomó era paracaidista.

Finalizada la contienda, asistió a clases de Teología, Psicología, Filosofía, Derecho y Literatura alemana moderna en las universidades de su ciudad natal y Würzburg, donde se doctoró en 1951. Ese mismo año contrajo matrimonio con la que sería compañera de su vida, Elfi Tuch. Tuch estaba separada y la pareja fue excomulgada por el entonces obispo de Würzburg, Julius Dörpfner, figura señera del catolicismo de posguerra que andando el

tiempo presidiría la conferencia episcopal germana y desempeñaría un destacado papel en el Concilio Vaticano II. Hasta el momento de su excomunión, Deschner no había publicado una sola línea en contra de la Iglesia.

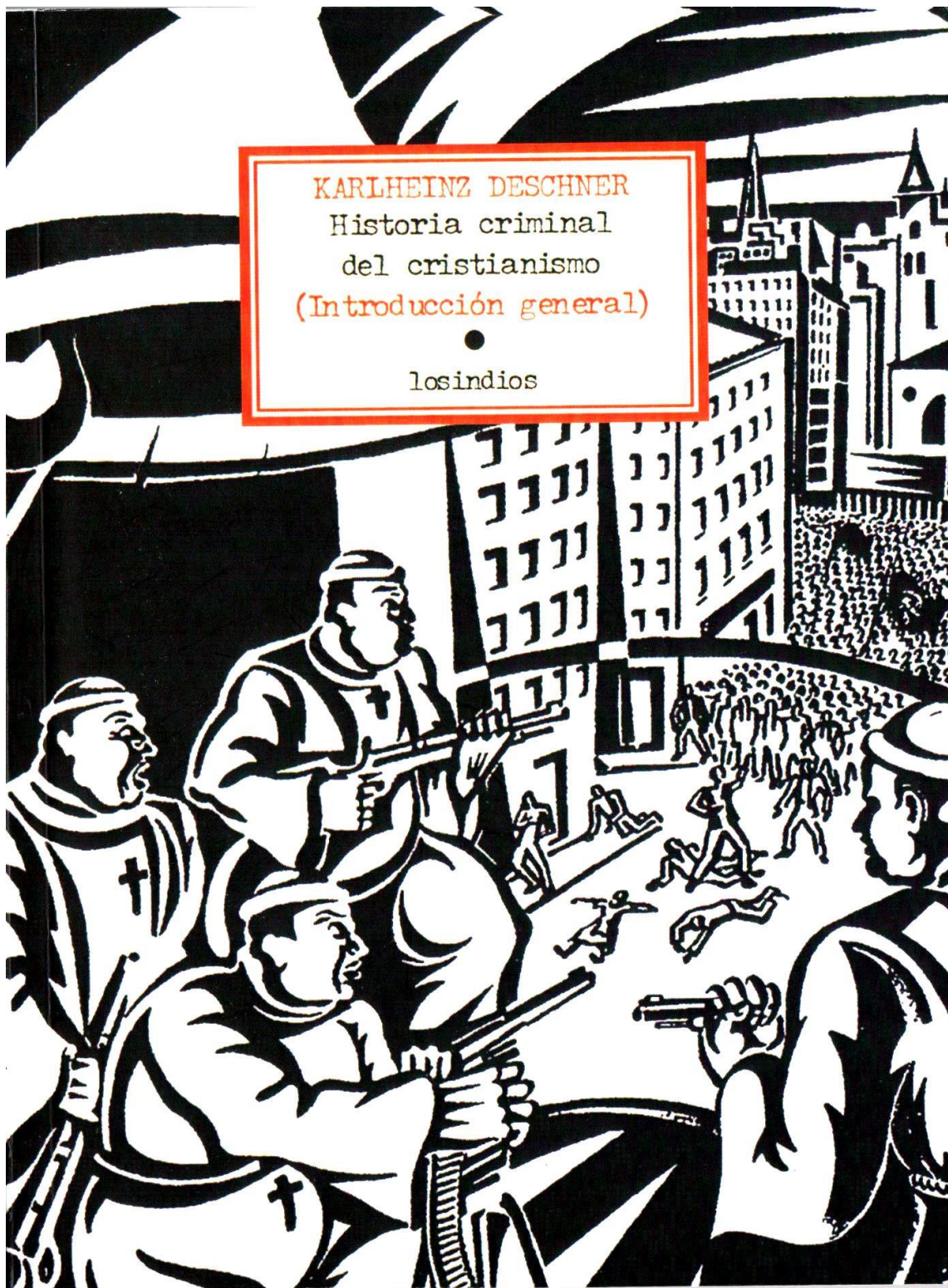
Sus detractores, previsiblemente numerosos, mal podían negar los hechos que describía Deschner, o acusarle de exagerarlos o tergiversar su sentido. Si le reprochaban con cierta razón falta de contextualización histórica, escasa neutralidad —cosa que el jamás negó (“escribo por enemistad”, afirmó, “porque la historia de aquellos a los que describo me ha convertido en su enemigo”)—, y el escaso o nulo recurso a fuentes primarias, aunque no se acaba de ver cómo los custodios de los archivos eclesíasticos podrían haberse prestado a colaborar con un proyecto como el suyo.

Nunca obtuvo un puesto docente u oficial y, al margen de los ingresos por publicaciones y conferencias, su sostén económico principal fueron los diversos mecenas que le apoyaron a lo largo de toda su vida. Historiador minucioso e implacable, crítico acorado y certero, estimable creador de ficción, polemista feroz y brillante epigramático, la mayor parte de su obra no histórica aguarda su versión española.

EL PAÍS,  
jueves 24  
de abril de  
2014

OBITUARIOS







Porque, como es lógico, no vamos a decir aquí que el cristianismo sea el único culpable de todas esas miserias. Es posible que algún día, desaparecido el cristianismo, el mundo siga siendo igualmente miserable. Eso no lo sabemos; lo que sí sabemos es que, con él, necesariamente todo ha de continuar igual.

losindios ■ granada ■ 2014



Karlheinz Deschner

**Historia criminal  
del cristianismo**  
(Introducción general)

losindios



**Karlheinz Deschner**

**Historia criminal  
del cristianismo  
(Introducción general)**

editorial  
losindios  
granada  
2014



Texto extraído de:  
KARLHEINZ DESCHNER  
Historia criminal del cristianismo.  
Volumen I. Los orígenes, desde el  
paleocristianismo hasta el final de  
la era constantiniana.

Traducción de:  
J. A. BRAVO

Dibujo de cubierta:  
HELIOS GÓMEZ

editorial losindios  
granada 2014



## Prólogo

ESTE ES EL FRAGMENTO de una obra que no teníamos pensado editar. Publicada en castellano hace ya casi 30 años, y de modo incompleto –sólo vieron la luz los nueve primeros tomos que abarcaban hasta la Alta Edad Media...–, la *Historia Criminal del Cristianismo* constituyó, para nosotros, ateos no tan meticulosos, algo así como un cierto delirio borgiano. Nuestro odio a la Iglesia se alimentaba, por aquel entonces, de cosas sencillas: los oscuros años de internado en un seminario, las contundentes blasfemias con las que aquellos peones de campo sedimentaron el sueño de la libertad, las calles de nombre equívoco en las que buscábamos perdernos, y por supuesto el asco a esa nauseabunda pestilencia que despiden los incensarios cuando se mezclan con la cera derretida. La obra inabarcable, laberíntica, frenéticamente exacta de Karlheinz Deschner nos atrapó, pues, por su lado más literario. Su lectura nos transportaba, nos sumía en la delectación del iconoclasta ante el cartucho de dinamita. Nos seducía, ahora lo sabemos, sobre todo esa prosa apegada a la solidez del dato contrastable, tan materialista, tan asentada en su voluntad de ruptura frente a las heideggerianadas de la izquierda postfranquista y las exquisiteces de los desencantados. Y sin embargo, no conseguimos salir de lo meramente formal.

Precisamente, nuestra debilidad consistió, durante esos años atroces de estulticia normalizadora, en buscar refugio

en el dulce omirismo de las ensonaciones subversivas, sin molestarnos en indagar la articulación concreta de las relaciones de poder. Picamos el anzuelo de un tiempo que, como los antidisturbios, nos dejaba una esquina abierta para escapar y disolvernos. La metáfora y el símbolo, esa sutil cobardía que pasa por esquivar el envite de la realidad denominándola con otro nombre, hicieron estragos entre nosotros y acabamos olvidando esta obra fundamental. Con pasmosa candidez consideramos finiquitado, por decrepito, el tiempo de las tiranías eclesiásticas y empezamos a repetir a coro los tópicos más evidentes del sociologismo izquierdista. Ya se sabe: el enemigo había sustituido la sotana por la bata blanca, las nuevas catedrales eran ahora los hipermercados, o los cajeros automáticos devenían los nuevos confesionarios. Atados a la última trampa de la fe, el sentido progresista de la historia, olvidamos que junto a los cajeros, los ejecutivos de la industria farmacéutica y los hipermercados, los ensotados seguían perfectamente estructurados como élite de poder, las catedrales no eran ni mucho menos simples museos y las sedes bancarias ligadas al Vaticano funcionaban mejor que nunca. Inmersos como estábamos en los refinados, amables y fraudulentos juegos retóricos de aquellos que habían hecho de la crítica universitaria un rentable oficio, no comprendimos la profundidad ni el alcance de lo que nos planteaba Karlheinz Deschner en su obra.

Hasta que nos vimos metidos de lleno en la crisis económica de 2008, esta reestructuración salvaje del capital aún



en marcha, y las verdades simples, feroces, del mercado nos obligaron a recuperar la sensatez. Es así como nos volvimos a enterar de que en el mismo momento en que la famosa casta sacerdotal de científicos se hundía en el fango por falta de presupuestos, los hipermercados crujían frente a la competencia de los precarios todo a cien chinos, y la sociedad del espectáculo cerraba la función por falta de público, reaparecía una vez más, reclamando sus derechos, los peores atavismos del fanatismo sectario y religioso.

Aquí están de nuevo, incluso con un Papa populista, dispuestos a hacer valer sus fueros, imponiendo una vez más las viejas fórmulas: la educación sólo para las élites afines, la caridad neoliberal para los desahuciados, la guerra justa contra las mujeres descarriadas. Midiendo sus pasos, como siempre: agazapados hasta ayer tras la tradición y la cultura terruñera, hoy vuelven a bruñir los anillos arzobispales en nombre de la identidad europea, y mañana, quizás, consigan levantar otra vez la bandera de la cruzada frente a los nuevos bárbaros. Regresan acompañados por los peores presagios, ese afán de convertir las guerras imperialistas en guerras de religión, o de civilización, como quieran llamarlas. Mientras Francisco I ensaya gestos de santo naif, en los cuadros de mando se aprestan a rentabilizar la desesperación de los millones de personas que el capital ha sumido en el vacío más absoluto. El dolor humano ha constituido, sin duda, una de sus más fértiles especialidades. La lógica de supervivencia, sabiamente desarrollada durante siglos, ilumina una vez más

su camino. ¿Qué decir de esta generación de tarados mentales que, tras pasar por la trituradora de la lucha de clases, se descubren en la nueva espiritualidad, las terapias milagrosas y los magnetismos varios? Los enemigos de ayer reducidos a esta ruina de ególatras sin futuro son poco más que escoria para ellos. ¿Y a dónde irán a parar esos cientos de miles de microespeculadores, profetas hace dos días del emprendizaje activo y la fe en el riesgo, hoy meros desechos mugientes de la hipoteca inmobiliaria? La iglesia, evidentemente, tampoco piensa recuperarlos, salvo como chatarra procesional. El de esos desgraciados es ya un destino sellado, parecido al de los gentiles de la teología medieval: que se cocinen en su propio fuego hasta el día del Juicio Final.

No, las miras están puestas en la carne fresca. En esa generación a la que, si se la guía convenientemente, amputándoles todo deseo de ilustración a edad temprana, se les puede convertir en el rebaño soñado. Cuando la papilla asfixiante haga su efecto, ahí estará la Iglesia, para recuperar a los perdidos y, si no se impide, muchos volverán a encontrar refugio bajo su amoroso manto. El triunfo irá acompañado, por supuesto, del despliegue de remozados autos de fe, de nuevas penitencias que ofrecerán a la masa la imprescindible ira homicida.

Si editamos este fragmento hoy, en plena ofensiva nacional-católica, es porque hemos redescubierto la contundencia de la escritura de Karlheinz Deschner, de su método de investigación, extrapolable, sin metáforas ni jergas, a los



campos económicos y militar. Recuperar el pensamiento político fundado en el deseo de justicia frente al oscurantismo neofamiliarista, paranoide y policíaco de los nuevos señores es una tarea necesaria, urgente.

En ello nos va la vida.

**losindios  
granada,  
marzo 2014**

“El que no escriba la historia universal como historia criminal, se hace cómplice de ella.”

K. D.

“Yo *condeno* el cristianismo, yo formulo contra la Iglesia cristiana la más formidable acusación que jamás haya expresado acusador alguno. Ella es para mí la mayor de todas las corrupciones imaginables, [...] ella ha negado todos los valores, ha hecho de toda verdad una mentira, de toda rectitud de ánimo una vileza. [...] Yo digo que el cristianismo es *la gran maldición, la gran corrupción interior, el gran instinto de venganza*, para el que ningún medio es demasiado venenoso, secreto, subterráneo, *bajo; la gran vergüenza* eterna de la humanidad [...]”

F. NIETZSCHE

“Abrasar en nombre del Señor, incendiar en nombre del Señor, asesinar y entregar al diablo, siempre en nombre del Señor.”

G. C. LICHTENBERG

“Para los historiadores, las guerras vienen a ser algo sagrado; rompen a modo de tormentas saludables o por lo menos inevitables que, cayendo desde la esfera de lo sobrenatural, vienen a intervenir en el decurso lógico y explicado de los acontecimientos mundiales. Odio ese respeto de los historiadores por lo sucedido sólo porque ocurrió, sus falsas reglas deducidas *a posteriori*, su impotencia que los induce a postrarse ante cualquier forma de poder.”

E. CANETTI



PARA EMPEZAR, voy a decir lo que no debe esperar el lector.

Como en todas mis críticas al cristianismo, aquí faltarán muchas de las cosas que también pertenecen a su historia, pero no a la historia criminal del cristianismo que indica el título. Eso que también pertenece a la historia se encuentra en millones de obras que atiborran las bibliotecas, los archivos, las librerías, las academias y los desvanes de las casas parroquiales; el que quiera leer este material puede hacerlo mientras tenga vida, paciencia y fe.

No. A mí no me llama la vocación a discurrir, por ejemplo, sobre la humanidad como “masa combustible” para Cristo (según Dieringer), ni sobre el “poder inflamatorio” del catolicismo (Von Balthasar), a no ser que hablemos de la Inquisición. Tampoco me siento llamado a entonar alabanzas a la vida entrañable que “reinaba en los países católicos [...] hasta épocas bien recientes”, ni quiero cantar las “verdades reveladas bajo el signo del júbilo” que, según el católico Rost, figura entre “las esencias del catolicismo”.

No seré yo tampoco el cantor del “coral gregoriano”, ni de “la cruz de término adornando los paisajes”, ni de “la iglesiuca barroca de las aldeas”, que tanto encandilaban a Walter Dirks. Ni siento admiración por el calendario

eclesiástico, con su “domingo blanco”, por más que Napoleón dijese, naturalmente poco antes de morir, que “el día más bello y más feliz de mi vida fue el de mi primera comunión” (con imprimatur). ¿O debo decir que el IV Concilio de Toledo (633) prohibió cantar el Aleluya, no ya durante la semana de la Pasión, sino durante toda la Cuaresma? ¿Que fue también allí donde se dictaminó que la doxología trinitaria debía decir al final de los Salmos, *Gloria et honor patri* y no sólo *Gloria patri*.

Poco hablaremos de *gloria et honor ecclesiae* o de la influencia del cristianismo, supuesta o realmente (como alguna vez ocurriría) positiva. No voy a contestar a la pregunta: ¿para qué sirve el cristianismo? Ese título ya existe. Esa religión tiene miles, cientos de miles de panegiristas y defensores; tiene libros en los que (pese a tantas “debilidades”, tantos “errores”, tantas “flaquezas humanas”, ¡ay!, en ese pasado tan venerable y glorioso) aquéllos presumen de la “marcha luminosa de la Iglesia a través de las eras” (Andersen), y de que la Iglesia (en ésta y en otras muchas citas) es “una” y “el cuerpo vivo de Cristo” y “santa”, porque “su esencia es la santidad, y su fin la santificación” (el benedictino Von Rudloff); mientras que todos los demás, y los “herejes” los primeros, siempre están metidos hasta el cuello en el error, son inmorales, criminales, están totalmente corrompidos, y se hunden o se van a hundir en la miseria; tiene historiadores “progresistas” y deseosos de que se le reconozcan méritos, repartiendo



siempre con ventaja las luces y las sombras, para matizar que ella promovió siempre la marcha general hacia la salvación y el progreso.

Se sobreentiende, a todo esto, que los lamentables detalles secundarios (las guerras de religión, las persecuciones, los combates, las hambrunas) estaban en los designios de Dios, a menudo inescrutables, siempre justos, cargados de sabiduría y de poder salvífico, pero no sin un asomo de venganza, “la venganza por no haber sido reconocida la Iglesia, por luchar contra el papado en vez de reconocerle como principio rector” (Rost).

Dado el aplastante predominio de las glorificaciones entontecedoras, engañosas, mentirosas, ¿no era necesario mostrar, poder leer, alguna vez lo contrario, tanto más, por cuanto está mucho mejor probado? Una historia negativa del cristianismo, en realidad ¿no sería el desiderátum que reclamaba o debía inducir a reclamar tanta adulación? Al menos, para los que quieren ver siempre el lado que se les oculta de las cosas, el lado feo, que es muchas veces el más verdadero.

El principio de *audi alteram partem* apenas reza para una requisitoria. Picos de oro sí tenemos muchos..., eso hay que admitirlo; generalmente lacónicos, sarcásticos, cuyo estudio en cientos de discusiones y siempre que sea posible debo recomendar y encarecer expresamente, en el supuesto que nos acordemos de compararlos con algún escrito de signo contrario y que esté bien fundamentado.

El lector habrá esperado una historia de “los crímenes del cristianismo”, no una mera historia de la Iglesia. (La distinción entre la Iglesia y el cristianismo es relativamente reciente, pudiendo considerarse que no se remonta más allá del Siglo de las Luces, y suele ir unida a una devaluación del papel de la Iglesia como mediadora de la fe.) Por supuesto, una empresa así tiene que ser una historia de la Iglesia en muchos de sus puntos, una descripción de prácticas institucionales de la Iglesia, de padres de la Iglesia, de cabezas de la Iglesia, de ambiciones de poder y aventuras violentas de la Iglesia, de explotación, engaño y oscurantismo puramente eclesiásticos.

Sin duda tendremos que considerar con la debida atención las grandes instituciones de la *Ecclesia*, y en especial el papado, “el más artificial de los edificios” que, como dijo Schiller, sólo se mantiene en pie “gracias a una persistente negación de la verdad”, y que fue llamado por Goethe “Babel” y “Babilonia”, y “madre de tanto engaño y de tanto error”. Pero también será preciso que incluyamos las formas no eclesiásticas del cristianismo: los heresiarcas con los heresiólogos, las sectas con las órdenes, todo ello medido, no con arreglo a la noción general, humana, de la criminalidad, sino en comparación con la idea ética central de los Sinópticos, con la interpretación que da el cristianismo de sí mismo como religión del mensaje de gozo, de amor, de paz y como “historia de la salvación”; esta idea, nacida en el siglo XIX, fue combatida en el XX por teólogos



evangélicos como Barth y Bultman, aunque ahora recurren a ella de buena gana los protestantes, y que pretendería abarcar desde la “creación” del mundo (o desde el “primer advenimiento de Cristo,” hasta el “Juicio final”, es decir, “todos los avalares de la Gracia” (y de la desgracia), como escribe Darlapp.

El cristianismo será juzgado también con arreglo a aquellas reivindicaciones que la Iglesia alzó y dejó caer posteriormente: la prohibición del servicio de las armas para todos los cristianos, luego sólo para el clero; la prohibición de la *simonía*, del préstamo a interés, de la usura y de tantas cosas más. San Francisco de Sales escribió que “el cristianismo es el mensaje gozoso de la alegría, y si no trae alegría no es cristianismo”; pues bien, para el papa León XIII, “el principio sobrenatural de la Iglesia se distingue cuando se ve lo que a través de ella ocurre y se hace”.

Como es sabido, hay una contradicción flagrante entre la vida de los cristianos y las creencias que profesan, contradicción a la que, desde siempre, se ha tratado de quitar importancia señalando la eterna oposición entre lo ideal y lo real..., pero no importa. A nadie se le ocurre condenar al cristianismo porque no haya realizado del todo sus ideales, o los haya realizado a medias, o nada. Pero tal interpretación “equivale a llevar demasiado lejos la noción de lo humano e incluso la de lo demasiado humano, de manera que, cuando siglo tras siglo y milenio tras milenio alguien realiza lo contrario de lo que predica, es cuando se convierte,

por acción y efecto de toda su historia, en paradigma, personificación y culminación absoluta de la criminalidad a escala histórica mundial”, como dije yo durante una conferencia, en 1969, lo que me valió una visita al juzgado.

Porque ésa es en realidad la cuestión. No es que se haya faltado a los ideales en parte, o por grados; no, es que esos ideales han sido literalmente pisoteados, sin que los que tal hacían depusieran ni por un instante sus pretensiones de campeones de aquéllos, ni dejaran de autoproclamarse la instancia moral más alta del mundo. Entendiendo que tal hipocresía no expresaba una “debilidad humana”, sino bajeza espiritual sin parangón, abordé esta historia de crímenes bajo la idea siguiente: Dios camina sobre abarcas del diablo.

Pero al mismo tiempo, mi trabajo no es sólo una historia de la Iglesia sino, precisamente y como expresa el título, una historia del cristianismo, una historia de dinastías cristianas, de príncipes cristianos, de guerras y atrocidades cristianas, una historia que está más allá de todas las cortapisas institucionales o confesionales, una historia de las numerosas formas de acción y de conducta de la cristiandad, sin olvidar las consecuencias secularizadas que, apartándose del punto de partida, han ido desarrollándose en el seno de la cultura, de la economía, de la política, en toda la extensión de la vida social. ¿No coinciden los mismos historiadores cristianos de la Iglesia en afirmar que su disciplina abarca “el radio más amplio de las manifestaciones vitales cristianas”



(K. Bornkamm), que integra “todas las dimensiones imaginables de la realidad histórica” (Ebeling) sin olvidar “todas las variaciones del contenido objetivo real” (Rendtorff)?

Cierto que la historiografía distingue entre la llamada historia profana (es ésta una noción usual tanto entre teólogos como entre historiadores, por contraposición a lo sagrado o santo) y la historia de la Iglesia. Aun teniendo en cuenta que ésta no se constituyó como disciplina independiente hasta el siglo XVI, y por mucho que cada una de ellas quiera enfilarse (no por casualidad) rumbos distintos, realmente la historia de la Iglesia no es más que un campo parcial de la historia general, aunque a diferencia de ésta guste de ocultarse, como “historia de la salvación”, tras los “designios salvíficos de Dios”, y la “confusión de la gracia divina con la falibilidad humana” (Bläser) se envuelva en la providencia, en la profundidad metafísica del misterio.

En este campo los teólogos católicos suelen hacer maravillas. Por ejemplo, para Hans Urs von Balthasar, ex jesuita y considerado en general como el teólogo más importante de nuestro siglo después de su colega Karl Rahner, el motor más íntimo de la historia es el “derramamiento de la semilla de Dios [...] en el seno del mundo. [...] El acto generador y la concepción, sin embargo, tienen lugar en una actitud de máxima entrega e indiferenciación. [...] La Iglesia y el alma que reciben el nombre de la Palabra y su sentido deben abrirse en disposición femenina, sin oponer resistencia,



sin luchar, sin intentar una correspondencia viril, sino como entregándose en la oscuridad”.

Tan misteriosa “historia de la salvación” (y en este caso descrita por medio de una no muy afortunada analogía), nebulosa aunque pretendidamente histórico-crítica, pero inventada en realidad bajo una premisa de *renuncia al ejercicio de la razón*, es inseparable de la historia general, o mejor dicho, figura entre los camaranchones más oscuros y malolientes de la misma. Es verdad que dicen que el Reino de Cristo no es de este mundo, y que se alaban, principalmente para contraponerse a la interpretación marxista de la historia, de que ellos ven ésta como espiritualidad, como “entelequia trascendente”, como “prolongación del mensaje de Dios redivivo” (Jedin); precisamente, los católicos gustan de subrayar el carácter esotérico de la “verdadera” historia, “le mystère de l’histoire” (De Senarclens). Como aseguran, “la trascendencia de todo progreso” está ya realizada en Cristo (Daniélou); sin embargo, los “vicarios” de éste y sus portavoces cultivan intereses de la más rabiosa actualidad. Papas y obispos, en particular, jamás han desdeñado medio alguno para estar a bien con los poderosos, para rivalizar con ellos, para espiarlos, engañarlos y, llegado el caso, dominarlos. Con ambos pies bien plantados en este mundo, podríamos decir, como si estuvieran dispuestos a no abandonarlo jamás.

Esa línea de conducta empezó de una forma harto contundente a principios del siglo IV, con el emperador

Constantino, a quien no en vano hemos dedicado el capítulo más largo de este volumen<sup>1</sup>, y se prolonga a través de las teocracias del Occidente medieval hasta la actualidad. Los imperios de Clodoveo, Carlomagno, Olaf, Alfredo y otros, y no digamos el Sacro imperio romano-germano, se construyeron así sobre bases exclusivamente cristianas. Muchos príncipes, por convicción o por fingimiento, alegaron que sus creencias eran el móvil de su política, o mejor dicho, la cristiandad medieval lo remitía todo a Dios y a Jesucristo, de tal manera que hasta bien entrado el siglo XVI la historia de la Iglesia coincidió en gran medida con la historia general, y hasta hoy resulta imposible dejar de advertir la influencia de la Iglesia sobre el Estado en múltiples manifestaciones. En qué medida, con qué intensidad, de qué maneras: dilucidar eso, dentro de mi tema y a través de las distintas épocas, es uno de los propósitos principales de mi obra.

La historia general del cristianismo en sus rasgos más sobresalientes ha sido una historia de guerras, o quizás de una única guerra interna y externa, guerra de agresión, guerra civil y represión ejercida contra los propios súbditos y creyentes. Que de lo robado y saqueado se diese al mismo tiempo limosna (para adormecer la indignación

<sup>1</sup> Vid. Deschner, K., *Historia criminal del cristianismo. Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana*, Barcelona: eds. Martínez Roca, 1990, págs. 169-222.



popular), o se pagase a los artistas (por parte de los mecenas deseosos de eternizarse a sí mismos y eternizar su historia), o se construyesen caminos (para facilitar las campañas militares y el comercio, para continuar la matanza y la explotación), no debe importarnos aquí.

Por el contrario, sí nos interesa la implicación del alto clero, y en particular del papado, en las maniobras políticas, así como la dimensión y la relevancia de su ascendiente sobre príncipes, gobiernos y constituciones. Es la historia de un afán parasitario, primero para independizarse del emperador romano de Oriente, luego del de Occidente, tras lo cual enarbolará la pretensión de alcanzar también el poder temporal sirviéndose de consignas religiosas. Muchos historiadores han considerado indiscutible que la prosperidad de la Iglesia tuvo su causa y su efecto en la caída del Estado romano. El mensaje de que “mi Reino no es de este mundo” se vio reemplazado por la doctrina de los dos poderes (según la cual la *autoritas sacra pontificum* y la *regalis potestas* serían mutuamente complementarias); después dirán que el emperador o el rey no eran más que el brazo secular de la Iglesia, pretensión ésta formulada en la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII y que no es depuesta oficialmente hasta León XIII (fallecido en 1903), lo que de todas maneras no significa gran cosa. La Cristiandad occidental, en cualquier caso, “fue esencialmente creación de la Iglesia católica”, “la Iglesia, organizada de la hierocracia papal hacia abajo hasta el más



mínimo detalle, la principal institución del orden medieval” (Toynbee).

Forman parte de la cuestión las guerras iniciadas, participadas o comandadas por la Iglesia: el exterminio de naciones enteras, de los vándalos, de los godos, y en Oriente la incansable matanza de eslavos..., gentes todas ellas, según las crónicas de los carolingios y de los Otones, criminales y confundidas en las tinieblas de la idolatría, que era preciso convertir por todos los medios, sin exceptuar la traición, el engaño y la vesanía, ya que en la Alta Edad Media el proceso de evangelización tenía un significado militante, como luchar por Cristo con la espada, “guerra santa”, *nova religio*, única garantía de todo lo bueno, lo grande y lo eterno. Cristo, descrito como soldado desde los más antiguos himnos medievales, combatiente, se convierte en caudillo de los ejércitos, rey, vencedor por antonomasia. El que combate a su favor por Jerusalén, por la “tierra de promisión”, tiene por aliadas las huestes angélicas y a todos los santos, y será capaz de soportar todas las penalidades, el hambre, las heridas, la muerte. Porque, si cayese, le espera el premio máximo, mil veces garantizado por los sacerdotes, ya que no pasará por las penas del purgatorio, sino que irá directo del campo de batalla al Paraíso, a presencia del Sagrado Corazón de Jesús, ganando “la eterna salvación”, “la corona radiante del Cielo”, la *requies aeterna, vita aeterna, salus perpetua...* Los así engañados se creen invulnerables (lo mismo que los millones de víctimas de los capellanes castrenses y del

“detente bala” en las guerras europeas del siglo XX) y corren hacia su propia destrucción con los ojos abiertos, ciegos a toda realidad.

Hablaremos de las cruzadas, naturalmente, que durante la Edad Media fueron unas guerras estrictamente católico-romanas, grandes crímenes del papado, que fueron perpetrados en la seguridad de que, “aunque no hubiese otros combatientes sino huérfanos, niños de corta edad, viudas y réprobos, es segura la victoria sobre los hijos del demonio”. Sólo la muerte evitó que el primer emperador cristiano emprendiese una cruzada contra los persas; no se tardaría demasiado en organizar la inacabable secuencia de “romerías en armas”, convertidas en una “empresa permanente”, en una idea, en un tema que por ser “repetido incesantemente, acaba por empapar las sociedades humanas, e incluso las estructuras psíquicas” (Braudel). Porque el cristiano quiere hacer dichoso al mundo entero con sus “valores eternos”, sus “verdades santificantes”, su “salvación final” que, en demasiadas ocasiones, se ha parecido excesivamente a la “solución final”; un milenio y medio antes de Hitler, san Cirilo de Alejandría ya sentó el primer ejemplo de gran estilo católico apostólico contra los judíos. El europeo siempre sale de casa en plan de “cruzada”, ya sea en la misma Europa o en África, Asia y América, “aun cuando sea sólo cuestión de algodón y de petróleo” (Friedrich Heer). Hasta la guerra del Vietnam fue considerada como una cruzada por el obispado estadounidense quien, durante



el Vaticano II, incluso llegó a pedir el empleo de las armas nucleares para salvar la escuela católica. Porque “incluso la bomba atómica puede ponerse al servicio del amor al prójimo” (según el protestante Künneht, transcurridos trece años de la explosión de Hiroshima).

La psicosis de cruzada, fenómeno que todavía muestra su virulencia en la actual confrontación Este-Oeste, produce mini cruzadas aquí y allá, como la de Bolivia en 1971, sin ir más lejos, que fue resumida por el *Antonius*, órgano mensual de los franciscanos de Baviera, en los términos siguientes: “El objetivo siguiente fue el asalto a la Universidad, al grito de batalla por Dios, la patria y el honor contra el comunismo [...], siendo el héroe de la jornada el jefe del regimiento, coronel Selich: He venido en nombre propio para erradicar de Bolivia el comunismo. Y liquidó personalmente a todos los jóvenes energúmenos hallados con las armas en la mano. [...] Ahora Selich es ministro del Interior y actuará seguramente con mano férrea, siendo de esperar que ahora mejoren un poco las cosas, ya que con la ayuda de la Santísima Virgen puede considerarse verdaderamente exterminado el comunismo de ese país”.

Aparte de las innumerables complicidades de las Iglesias en otras atrocidades “seculares”, comentaremos las actividades terroristas específicamente clericales como la lucha contra la herejía, la Inquisición, los pogromos antisemitas, la caza de brujas o de indios, etcétera, sin olvidar las querellas entre príncipes de la Iglesia y entre monasterios

rivales. Hasta los papas se presentan finalmente revestidos de casco y coraza y empuñando la tizona. Poseen sus propios ejércitos, su armada, sus herreros fabricantes de armas..., tanto así que todavía en 1935, cuando Mussolini cayó sobre Abisinia entre frenéticas alabanzas de los preladados italianos, uno de sus principales proveedores de guerra fue una fábrica de municiones propiedad del Vaticano! En la época de los Otones, la Iglesia imperial está completamente militarizada y su potencia de combate llega a duplicar la fuerza de los príncipes “seculares”. Los cardenales y los obispos envían ejércitos en todas direcciones, caen en los campos de batalla, encabezan grandes partidos, ocupan cargos como preladados de la corte o ministros, y no se conoce ningún obispado cuyo titular no anduviese empeñado en querellas que se prolongaban a veces durante decenios. Y como el hambre de poder despierta la crueldad, más adelante hicieron otras muchas cosas que durante la Alta Edad Media todavía no habrían sido posibles.

→ Dedicaremos una atención pormenorizada a la formación y multiplicación de los bienes de la Iglesia (“peculio de los pobres”, oficialmente, al menos desde los tiempos de Pelagio I), acumulados mediante compra, permuta, diezmo, rediezmo, o por extorsión, engaño, robo, o alterando el sentido de las antiguas prácticas de culto mortuario de los germanos, convirtiendo el óbolo para los muertos en limosna para las almas, o quebrantando el derecho de herencia germánico (“el heredero nace, no se



elige”). También saldrá a la luz lo de explotar la ingenuidad, la fe en el Más Allá, pintar los tormentos del infierno y las delicias del cielo, de donde resultan, entre otras cosas, las fundaciones de los príncipes y de la nobleza y también, sobre todo durante la Alta Edad Media, las mandas de los pequeños propietarios y de los colonos, *pro salute animae*.

Abundaban en la Iglesia los propietarios de latifundios enormes: los conventos de monjes, los conventos de monjas, las órdenes militares, los cabildos catedralicios y hasta las iglesias de los pueblos. Muchas de esas propiedades parecían más cortijo que casa de Dios, y estaban atendidas por sirvientes, domésticos y esclavos. En sus mejores tiempos, la abadía del Tegernsee fue propietaria de 11.860 alquerías; el convento de Saint Germain des Prés, junto a París, tenía unas 430.000 hectáreas, y el abate de Saint Martín de Tours llegó a poseer 20.000 sirvientes. Y mientras los hermanos legos y los siervos de la gleba cargaban con las faenas, mientras los conventos se enriquecían gracias a las dotes y las herencias, la riqueza inevitablemente corrompía cada vez más a los religiosos. “De la religión nació la riqueza —decía un proverbio medieval—, pero la riqueza devora a la religión.” En tiempos la Iglesia cristiana fue dueña de una tercera parte de las tierras de Europa; en 1917, la Iglesia ortodoxa era propietaria de una extensión de territorio en Oriente proporcional a Rusia. Y todavía hoy la Iglesia de Cristo es la mayor terrateniente privada del mundo.

“¿Dónde hallaremos a la Iglesia? Naturalmente allí, donde campea la libertad” (según el teólogo Jan Hoekendijk).

En la Edad Media, el estatuto de las clases menesterosas, naturalmente determinado por el régimen feudal, y las usurpaciones territoriales de los príncipes y de la Iglesia conllevaron una opresión cada vez mayor, que recayó sobre grandes sectores de la población, y acarrearón la ruina de los *pauperes liberi homines* y los *minus potentes* mediante la política de conquistas, el servicio de las armas, los tributos, la represión ideológico-religiosa y rigurosísimos castigos judiciales. Todo ello provocó la resistencia individual y colectiva de los campesinos, cuyas sociedades secretas e insurrecciones, *conjuraciones* y *conspiraciones* llenan toda la historia de Occidente desde Carlos el Grande hasta bien entrada la Edad Moderna.

Serán temas especiales de nuestra investigación en ese contexto: el derecho de expiación, el *bracchium saeculare* o intervención de las autoridades temporales en la sanción de disposiciones y leyes de la Iglesia, con aplicación cada vez más frecuente de la pena capital (por decapitación, ahorcamiento, muerte en la hoguera, lapidación, descuartizamiento, empalamiento y otros variados sistemas). De los catorce delitos capitales legislados por Carlomagno después de someter a sangre y fuego a los sajones, diez se refieren exclusivamente a infracciones de tipo religioso. La frase estereotipada *morte moriatur* recae sobre cuantos actos interesaba reprimir a los portadores del mensaje gozoso: robo de



bienes de la Iglesia, cremación de los muertos, denegación del bautismo, consumo de carnes durante los “sagrados cuarenta días de la Cuaresma”, etcétera. Con arreglo al antiguo derecho penal de Polonia, a los culpables de haber comido carne durante el ayuno pascual se les arrancaban los dientes

Discutiremos también los castigos eclesiásticos por infracciones al derecho civil. Los tribunales eclesiásticos fueron cada vez más odiados. Hay cuestiones que discutiremos extensamente: las prácticas expiatorias (los bienes robados a la Iglesia debían restituirse al cuádruple, y según el derecho germánico hasta veintisiete veces lo robado); las prisiones eclesiásticas y monacales, llamadas especialmente ergástulas (también se llamaba ergástula a los ataúdes), donde eran arrojados tanto los “pecadores” como los insumisos y los locos, e instaladas generalmente en sótanos sin puertas ni ventanas, pero bien provistas de grilletes de todas clases, potros de martirio, manillas y cadenas. Se documentará la pena de exilio y la aplicación de este castigo a toda la familia, en caso de asesinato de un cardenal, extensible hasta los descendientes masculinos en tercera generación. También estuvieron muy en boga la tortura y los castigos corporales, sobre todo en Oriente, donde hizo furor la afición a mutilar miembros, sacar ojos, cortar narices y orejas. Asimismo gozaban de especial predilección, como suele suceder en los regímenes teocráticos, los azotes, como demuestra incluso la abundancia de sabrosas denominaciones (*corporis castigatio*

*flagellum, flagelli disciplina, flagellorum poena, percussio, plagae, plagarum virgae, verbera, verberatio, verberum, vindicta* y así sucesivamente). La pena de los azotes, con la que se sancionaban hasta las más mínimas infracciones, se aplicó sobre todo en los conventos a monjes y monjas, pero también a los menores de edad, a los sacerdotes y sobre todo a los miembros del bajo clero, todos los cuales recibieron palos desde el siglo V hasta el XIX por lo menos; a menudo, eran los abades y obispos quienes esgrimían el látigo, el vergajo o la correa; a veces, los maltratados por los obispos eran abades, y habitualmente se superaba el tope de 40 o 39 golpes señalado por la ley mosaica para llegar a los 70, los 100 o los 200, quedando esta determinación “a discreción del abad” aunque, eso sí, sólo en casos excepcionales se autorizaba a “proceder hasta la muerte del reo” (según el católico Kober en comentario a Reg. Magistri c. 13). Es bastante plausible que no todas las autoridades llegasen a tales excesos, y seguramente no todos serían tan vesánicos como el abad Transmundo, que arrancaba los ojos a los monjes del convento de Tremítí, o les cortaba la lengua (y que, pese a ello, gozó de la protección personal del papa Gregorio VII, quien también gozó de gran notoriedad). Ni debe sorprender que ocurriesen tales cosas cuando autoridad tan señalada como Pedro Damián, cardenal, santo y padre de la Iglesia, llegaba a la conclusión de que, si un castigo de 50 azotes era lícito y saludable, cuánto más no debería serlo uno de 60, 100, 200 o incluso 1.000 o 2.000 azotes. Por eso,



durante toda la Edad Media menudearon las insurrecciones de religiosos, hartos de algún abad frenético que luego era linchado, mutilado, cegado, envenenado o apuñalado por su grey. Incluso delante del altar fue traspasado a puñaladas alguno de estos superiores, o asesinado por bandidos a sueldo. El caso es que los castigos corporales para los inferiores fueron tan frecuentes durante la Alta y la Baja Edad Media, que el ordinario solía preguntar rutinariamente durante sus visitas si se sabía de alguien que no fustigase a sus esclavos o colonos.

Otros aspectos que van a merecer nuestra atención: la posición de la Iglesia ante la esclavitud y el trabajo en general; la política agraria, comercial y financiera de los monasterios, verdadera banca de la Alta Edad Media (durante los siglos X y XI hallamos en la Lorena monasterios en funciones de institutos de crédito o verdaderos bancos), convertidos en potencias económicas de primera magnitud. La agitación de los monjes en el mundo de la política y del dinero fue incesante, sobre todo durante las ofensivas alemanas hacia el Este, cuando las órdenes participaron en empresas de colonización y asentamiento, después del genocidio de naciones enteras. A comienzos del siglo XX, los jesuitas controlaban todavía la tercera parte del capital en España, y ahora que llegamos a finales del mismo siglo dominan el banco privado más grande del mundo, el Bank of América, mediante la posesión del 51% de sus acciones. Y el papado sigue siendo una potencia financiera de categoría



mundial, que además cultiva los más íntimos contactos con el mundo del hampa mediante instrumentos como el Banco de Sicilia, entre otros, llamado “el banco de la Mafia”.

El financiero Michele Sindona, ex alumno de los jesuitas y “el italiano más célebre después de Mussolini” (*Time*), as de los banqueros de la Mafia (cuya actividad se desarrolló principalmente en Italia, Suiza, Estados Unidos y el Vaticano), siciliano que tuvo más bancos que camisas tienen muchos hombres y que, según se dice, hizo buena parte de su fortuna gracias al tráfico de heroína, era íntimo amigo del arzobispo de Messina y también del arzobispo Marcinkus, director del banco vaticano “Instituto para las Obras de Religión” (“mi posición en el Vaticano es extraordinaria”, “única”), y entre sus amistades figuraba Pablo VI. Sindona era también asesor financiero y asociado comercial de la Santa Sede, cuyos bancos siguen especulando con el dinero negro del gangsterismo organizado italiano. El mafioso Sindona, “probablemente el hombre más rico de Italia” (Lo Bello), que “había recibido del papa Pablo VI el encargo de reorganizar la hacienda vaticana” (*Süddeutsche Zeitung*) en 1980, fue condenado a 25 años de cárcel en Estados Unidos, como responsable de la mayor quiebra bancaria de la historia de dicho país; más tarde, fue extraditado a Italia, donde, en 1986, dos días después de su condena a cadena perpetua (por inducción al homicidio), murió envenenado con cianuro pese a todas las medidas de seguridad que se habían adoptado. Significativas fueron las



declaraciones del magistrado milanés Guido Viola, después de investigar doce años de actividades financieras de Sindona (105.000 millones de pesetas en pérdidas, sólo en Italia): “El juicio no ha servido para destapar por completo ese tarro de inmundicia”. También Roberto Calvi, otro banquero de la Mafia que acabó colgado de un puente sobre el Támesis en 1982, figuraba durante el pontificado de Pablo VI en el cerrado círculo de los “uomini di fiducia”, y en su calidad de “banquero de Dios”, como le llamaban en Italia, contribuyó a “propagar por todo el mundo el cáncer de la delincuencia económica instigada desde el Vaticano”. (Mencionemos de paso que, en abril de 1973, el director Lynch, del Departamento de represión del crimen organizado y la corrupción en el Ministerio de Justicia estadounidense, acompañado de funcionarios policiales y del FBI presentó en la Secretaría de Estado vaticana “el documento original por el que el Vaticano” encargaba a la Mafia de Nueva York “títulos falsificados por un valor ficticio de casi mil millones de dólares”, “una de las mayores estafas de todos los tiempos”; el autor del encargo, por lo que parece, no era otro que el arzobispo Marcinkus, “íntimo amigo de Sindona” [Yallop].) El predecesor de Pablo, el papa Pío XII, cuando murió en 1958 dejó una fortuna privada (la misma que, según ciertas alegaciones, había gastado por entero en salvar a muchos judíos de las persecuciones nazis) de 500 millones de pesetas en oro y papeles de valor. Durante su pontificado, el nepotismo alcanzó dimensiones verdaderamente



renacentistas. Se ve que los ministros de la salvación pensaban sobre todo en salvar su propio patrimonio.

La avaricia de los prelados está documentada por testimonios de todas las épocas, así como el enriquecimiento privado de papas, obispos y abades, sus lujos generalmente desaforados, las malversaciones del patrimonio eclesiástico en beneficio de parientes, la simonía, la captación de canonjías o su usurpación, el cambalacheo de dignidades eclesiásticas, desde la de sacristán de aldea hasta la misma de pontífice. O la venta de vino, cerveza, óleos, hostias, píldoras abortivas (!) llamadas *luteolas*; la práctica del soborno incluso por parte de los más famosos doctores de la Iglesia, del papa Gregorio I, de san Cirilo (que impuso un dogma mariano con ayuda de enormes sumas de dinero), y otros muchos negocios como el préstamo, tráfico diversos, usura, óbolo de san Pedro, indulgencias, colectas, captación de herencias durante dos milenios, sin exceptuar las gigantescas operaciones de tráfico de armas. Todo ello consecuencia de la plétora de privilegios de que disfrutaba el alto clero, derechos de inmunidad, franquicias, condados, aranceles, dispensas de impuestos, privilegios penales, culminando en la autonomía orgullosa del pontífice romano: *sic volo, sic jubeo!* (“*Así lo quiero, así lo ordeno*”). Sin olvidar el aspecto económico de las persecuciones contra idólatras, judíos, herejes, brujos, indios, negros, ni el factor económico de la milagrería, las estampitas, las vidas de santos, los librillos milagrosos, los centros de peregrinaje y tantas otras cosas.



El santo fraude, o *pia fraus*, con sus diversos tipos de falsificación (apostolización, concurrencia de peregrinos, escrituras de propiedad, garantías jurídicas) se estudia en un apartado diferente, teniendo en cuenta que en toda Europa, hasta bien avanzada la Edad Media, los falsificadores fueron casi exclusivamente los religiosos. En conventos y palacios episcopales, y por motivos de política eclesiástica, buscaban la manera de imponerse en las luchas de rivalidad mediante la falsificación de diplomas o la práctica de la interpolación en los originales. La afirmación de que durante la Edad Media hubo casi más documentos, crónicas y anales falsos que verdaderos, apenas es exagerada; el “santo engaño” se convirtió en un factor político, “el taller del falsificador en instancia ordenadora de la Iglesia y del derecho” (Schreiner).

La explotación sin escrúpulos de la ignorancia y de la superstición, en donde triunfan los engaños basados en reliquias, libros de devoción, milagrerías y leyendas (o dicho de manera científica, “la reinterpretación de los hechos históricos en el sentido de una causalidad hagiológica”, según Lotter), dirige nuestra atención hacia los aspectos culturales, y más principalmente hacia los de política educativa.

Sin duda, las Iglesias, y en particular la Iglesia romana, han creado valores culturales importantes, sobre todo construcciones, lo que obedecía por lo general a motivos nada altruistas (representación del poder), así como en el dominio de la pintura, respondiendo también a razones ideológicas

(las sempiternas ilustraciones de escenas bíblicas y de leyendas de santos). Pero dejando aparte que el tan decantado amor a la cultura contrasta fuertemente con la indiferencia cultural del paleocristianismo, que contemplaba las “cosas de este mundo” con total menoscabo escatológico, puesto que creía inminente el fin de todas ellas (error fundamental, en el que cayó el mismo Jesús), conviene tener presente que la mayoría de las aportaciones culturales de la Iglesia fueron posibles gracias a la explotación sin contemplaciones de las masas, esclavizadas y empobrecidas siglo tras siglo. Y frente a ese fomento de la cultura encontramos todavía más represión cultural, intoxicación cultural y destrucción de bienes culturales. Los magníficos templos de adoración de la Antigüedad fueron arrasados casi en todas partes; edificios de valor irremplazable ardieron o fueron derribados, sobre todo en la misma Roma, donde las ruinas de los templos servían de canteras. En el siglo X se dedicaban todavía a derribar y romper estatuas, arquitrabes, a quemar pinturas, y los más bellos sarcófagos servían de bañeras o de comederos para los cerdos. De modo similar, pisotearon la grandiosa cultura de los árabes de España “no quiero decir qué clase de pies”, para citar la frase de Nietzsche. Y en América del Sur el catolicismo arruinó (además de muchos millones de vidas) más tesoros culturales que los que innegablemente aportó, pese a la sobreexplotación.

Pero la destrucción más tremenda, apenas imaginable, ha sido la causada en el terreno de la educación. La cultura



general de la Antigüedad cada vez más desterrada de las escuelas, la enseñanza teológica convertida en enseñanza por antonomasia. Durante toda la Edad Media sólo se consideraban útiles aquellas ciencias que contribuyeran a la prédica eclesiástica. Entre los reunidos en el Concilio de Calcedonia se hallaron 40 obispos analfabetos. Los papas de los siglos siguientes se envanecían de su ignorancia, no sabían el griego y hablaban pésimamente el latín. Gregorio I Magno, el único papa doctor de la Iglesia además de León I, según la tradición mandó quemar una gran biblioteca que existía en el Palatino. Es probable que no todos los papas de los siglos IX y X supieran leer y escribir.

En la Edad Media las artes no eran sino *instrumentum theologiae*, y algunas veces fueron condenadas como “necesidades y vanidades”. (“Mi gramática es Cristo.”) En las órdenes abundaban también los *illiterati et idiotae*. Desapareció el floreciente comercio librero de la Antigüedad, la actividad de los monasterios fue puramente receptiva. Trescientos años después de la muerte de Alcuino y de Rábano Mauro, los discípulos todavía estudiaban con los manuales que aquéllos escribieron. E incluso santo Tomás de Aquino, el filósofo oficial de la Iglesia, escribe que “el afán de conocimientos es pecado cuando no sirve al conocimiento de Dios”.

Aunque, en realidad, apenas estudiaba una ínfima minoría; todavía hoy, buena parte de la sabiduría del clero se funda en la ignorancia de los laicos. Hasta la época de los Hohenstaufen, la mayoría de los príncipes cristianos no

sabían leer ni escribir; un trazo dibujado al pie de los documentos bastaba para considerarlos válidos. Los aristócratas medievales fueron “necios” (necio = el que no sabe) durante mucho tiempo; así podía engañarlos más fácilmente el clero. Y las masas populares vegetaron en condiciones del más absoluto analfabetismo hasta bien entrada la Edad Moderna. Después de la primera guerra mundial, o más; concretamente en 1930, cuando dos terceras partes de la población española padecían carencias alimentarias endémicas, sólo en Madrid se contaban 80.000 niños sin escolarizar, obedeciendo sin duda a los principios definidos por un ministro católico. Bravo Murillo, cuando, al solicitarle licencia para levantar una escuela con capacidad para 600 hijos de obreros, contestó: “Lo que necesitamos no son hombres que sepan pensar, sino bueyes que sirvan para trabajar”.

En las universidades, la hipertrofia del aristotelismo abortó cualquier posibilidad de investigación independiente. Al dictado de la teología estaban sometidas la filosofía y la literatura; en cuanto a la historia como ciencia, era desconocida por completo. Se condenó la experimentación y la investigación inductiva; las ciencias experimentales quedaron ahogadas por la Biblia y el dogma; los científicos arrojados a las mazmorras, o a la hoguera. En 1163, el papa Alejandro III (recordemos de paso que por esa época existían cuatro antipapas) prohibió a todos los clérigos el estudio de la física. En 1380, una decisión del parlamento francés prohibía el



estudio de la química, remitiéndose a un decreto del papa Juan XXII. Y mientras en el mundo árabe (obediente a la consigna de Mahoma: “La tinta de los escolares es más sagrada que la sangre de los mártires”) florecían las ciencias, en especial la medicina, en el mundo católico las bases del conocimiento científico permanecieron inalteradas durante más de un milenio, hasta bien entrado el siglo XVI. Que los enfermos buscasen consuelo en la oración, en vez de llamar al médico. La Iglesia prohibía la disección de cadáveres, y a veces incluso rechazó el empleo de medicamentos naturales por juzgarlo una intervención ilícita en los designios divinos. En la Edad Media no tenían médico ni siquiera las abadías más grandes. En 1564, la Inquisición condenó a muerte al médico Andrés Vesalio, fundador de la anatomía moderna, por haber abierto un cadáver y por haber afirmado que al hombre no le falta la costilla con que fue creada Eva<sup>2</sup>.

Vesalio

En coherencia con esa tutela de la enseñanza, encontramos otra institución, la censura eclesiástica, muy a menudo (por lo menos desde los tiempos de san Pablo, en Éfeso) dedicada a la quema de libros adversos, paganos, judíos o sarracenos, a la destrucción (o la prohibición) de literaturas cristianas rivales, desde los libros de los arrianos y nestorianos hasta los de Lutero. Pero no vayamos a olvidar que los protestantes también implantaron a veces la censura,

<sup>2</sup> A la cuestión de cómo se debe enseñar al hombre, Tomás de Aquino contesta de la manera siguiente: “Que lea un solo libro”.



incluso para los sermones fúnebres y también para obras no teológicas, siempre que tocan cuestiones eclesiásticas, religiosas o de costumbres.

Ésta es una selección de los principales temas que he contemplado en mi historia del crimen. Y sin embargo, no es más que un segmento minúsculo de la historia en general.

¡La historia!

Fábula, según Napoleón; charlatanería, como dijo Henry Ford; destilado de rumores, según Carlyle, y vergüenza del género humano, según el parecer de Seume (tan escasamente conocido como digno de ser leído). Y yo añado: la prueba más segura del fracaso de la educación. La historia de los individuos y de los pueblos es, sin duda, lo más complejo y complicado, porque pretende abarcar e integrar todos los fenómenos del universo humano, en todo momento una catarata gigantesca en donde intervienen factores forzosamente ocultos, tanto para los contemporáneos como para la posteridad, sentimientos, ideas, acontecimientos, los condicionantes de esos hechos, la manera en que los mismos son percibidos, una barahúnda insospechable de eventos que pertenecen al pasado, un entramado vertiginoso de formas sociales y de formas del derecho, de normas, de roles percibidos o no, de actitudes y mentalidades, de infinitos ritmos de vida heterogéneos e incluso antagónicos, de influencias de pensadores, de factores geopolíticos, de procesos económicos, de estructuras de clase, en donde hay que considerar tanto las variaciones del clima como las



estadísticas demográficas, la práctica de la esclavitud como los conciertos de Bach, la noche de san Bartolomé, las jugadas de fortuna y las crisis de los precios, las neurosis eclesiógenas, las encíclicas papales y los castigos judiciales, la prostitución, los debates parlamentarios y la vivisección, la moda, y mucho más, ya que, por si fuera poco, el psicoanálisis agrega las motivaciones inconscientes, sin dejar de lado las aportaciones de la psicología analítica, las de la historiografía misma o historia de la historia, en un palabra, citando a Max Weber: “Una corriente titánica y caótica de acontecimientos que avanza a través del tiempo”, o como dice Droysen: “la historia que engloba todas las historias”.

¿Es posible encontrar un punto fijo en esta ebullición de la agitada humanidad? ¿Hallaremos una constante en lo que, por definición, es devenir ininterrumpido? ¿Existe algo que no cambie, o que retome siempre como el río de Heráclito?

Sin duda, no reconocemos en esta descripción el papel que ya Cicerón adjudicó a la historia como *magistra vitae*. ¿Será tal vez lo contrario?

¿Quizá la única conclusión que podemos sacar es “que los pueblos y los gobiernos jamás han aprendido nada de la historia, ni se han atenido nunca a las reglas que de ella pudieran deducirse”? Casi todas las frases lapidarias de Hegel me llevan a contradecir las anteriores, y también ésa es cierta sólo cuando nos referimos a los pueblos. Porque los gobiernos *sí han aprendido* de la historia, y con tal éxito,

que las únicas artes en que no se inventa nada nuevo son las de la conducción de los hombres, como podemos ver con un poco de perspectiva.

Retornemos durante unos momentos al presente.

Cualquiera de nosotros puede leer la historia, más aún, revivirla a través de sus propios ojos, aunque sin duda no tanto directamente como por vía de la “realidad” de los medios, es decir de los textos, las noticias, los sermones escritos, los “cien rostros” (Braudel). Pero, por muy inextricable que parezca la confusión de los hechos históricos, los conflictos de intereses, las influencias rivales, y por complicado que sea el organismo de la sociedad, una cosa sí podemos ver todos, indiscutida y, según todas las apariencias, indiscutible: que siempre hubo y hay en el mundo una minoría que manda y una gran mayoría que es mandada, que hubo y hay capillas reducidas de astutos explotadores y ejércitos innumerables de humillados y ofendidos. “Como quiera que definamos el Estado y la sociedad, permanece siempre la oposición entre la masa de los gobernados y el pequeño número de los gobernantes” (Ranke). Esto rige para la era de la exploración espacial y la de la revolución industrial, lo mismo que para la época del colonialismo, o la del capitalismo mercantilista occidental, o la de las sociedades esclavistas de la Antigüedad. Así ha venido ocurriendo siempre, al menos, durante los dos mil años que aquí nos ocupan; no digo que se trate de una ley, pero sí que ha sido la regla general. ¡Nunca fueron los pueblos dueños de sus destinos!



Siempre predominó un cierto afán de poder y de seguridad, siempre mandó una minoría mediante la opresión sobre la mayoría, mediante la explotación, perpetrando matanzas en o por medio de ella, unas veces más que otras, admitámoslo, pero por lo general con excesiva asiduidad. En todos los siglos que nos ocupan, la historia estuvo hecha de opresión y humillaciones, de clases altas explotadoras y clases bajas explotadas: lo que hoy se llama “Estado de derecho” y que forma parte indisoluble de la civilización humana, o mejor dicho de la cultura humana, y digo bien, porque los pueblos “cultos” siempre fueron los primeros en dar ejemplo.

“La historia no se repite”: el dicho se repite siempre..., como la Historia misma: en las tensiones sociales, las insurrecciones, las crisis económicas y las guerras. Es decir, en sus hechos principales y capitales, cuyas repercusiones, sin embargo, alcanzan a los ámbitos más íntimos de la vida privada, en las relaciones entre amo y criado, entre amigo y enemigo. Visto de esa manera, *en principio* nunca pasa nada nuevo, pues, en lo cualitativo, poco importa si la opresión se ejerció por medio del arco y la flecha o por el arcabuz, la ametralladora o la bomba atómica.

La historia es un drama de muchos actos..., de violencia, sobre todo, aunque también un progreso ininterrumpido, digamos, desde el cazador de cabezas hasta el especialista en lavados de cerebro, desde la cerbatana hasta el misil, desde el derecho del más fuerte hasta el derecho escrito en articulados, ese disfraz de la violencia. Y así

vamos de tratado de paz en tratado de paz, de metástasis en metástasis, de tropiezo en tropiezo.

Queda visto, pues, lo que es permanente dentro de las mudanzas de la historia, la estructura que la informa en profundidad. He ahí el punto fijo en medio del cambio, la verdadera “*histoire de longue durée*” (Braudel), o en todo caso más duradero que las eras abarcadas por esa noción: un “modelo” que lleva milenios de vigencia, un ritmo más o menos uniforme, una especie de “*histoire biologique*”. Es casi como el ritmo de las mareas o el de las estaciones de la naturaleza, que también se repite a su manera; aunque pueda parecer desprovisto de una finalidad, obedece a leyes causales, a cuyas manifestaciones, sin embargo, sólo podemos asignar una probabilidad estadística y no una certeza. Por el contrario, la historia responde a intenciones y a voluntades, es decir, a acciones humanas deliberadas.

Indudablemente, la historia en su globalidad es también acción humana única e irrepetible. Sin duda, la dimensión antropológica subrayada por el historicismo, la categoría de la individualidad, tiene sus derechos en esto como en todo: la importancia de la idiosincrasia de una persona determinada, la relevancia del carácter único de los fenómenos. Pero también está lo general, lo común, lo constante, mil veces demostrado empíricamente, sin que por eso sea necesario creer como Hobbes, pongamos por caso, o como Gobineau y como Burke, en la posibilidad de cultivar la historia con la perfección y la precisión de las



ciencias naturales; esa historia de la que el mismo Edmund Burke escribió, en 1790 (en sus *Reflections on the Revolution in France*), que estaba hecha en su mayor parte “de la miseria que impera en el mundo por causa de la vanidad, la ambición, la codicia, la venganza, la lujuria, la insumisión, la hipocresía, y todas las demás pasiones desatadas. [...] Estos vicios son la causa de aquellas tormentas. La religión, la moral, las leyes, las prerrogativas, los privilegios, no son más que pre-textos”. Y el mismo Kant decía no poder encontrar ninguna intención racional y propia en los hombres y en sus juegos, refiriéndose a “la marcha absurda de los negocios humanos” y afirmando no poder evitar “un cierto enojo cuando uno contempla lo que sucede, por acción y por omisión, en el gran teatro del mundo, y que pese a ocasionales asomos de prudencia, al fin se mezclan en todo la necedad, la infantil vanidad, y también no menos infantiles actos de malicia y afán destructivo; de manera que, en conclusión, no sabe uno qué opinar de esta especie nuestra, tan pagada de sus supuestas prendas”.

Muchos sucesos abonan estas opiniones de Burke y de Kant, sobre todo después de los dos siglos transcurridos. Parece como si la humanidad careciese de capacidad para elevarse y redimirse de la miseria moral. En efecto, lo histórico es el infierno, y la historia la resurrección de lo que no debería volver nunca; un espectáculo ruin, en el que los pueblos (perros encadenados que sueñan con la libertad) mueren más pronto bajo las consignas que éstas bajo los

pueblos. De esta manera, gobernar, por lo general, no significa sino impedir la justicia, hacer lo menos posible para muchos y lo máximo para muy pocos; y el derecho tampoco es la precondition de la justicia, sino que sirve únicamente para evitarla y prevenirla. *Summa summarum*: que no se puede hablar de ética a los que sólo creen en la “política de las realidades”. Como dicen los chinos, háblale de ideas a un chacinero y creerá que estás hablando de cerdos. Las ideas no son sino las bambalinas del escenario del mundo; en la escena, mientras unos mueren otros ríen entre bastidores. El militarismo es la mística del homicidio, la historia apenas otra cosa sino negocios, la riqueza pocas veces otra cosa sino el residuo de los crímenes, y mientras los unos se desmayan de hambre los otros están hartos antes de sentarse a la mesa. El hecho de que, cuando salgamos de este mundo, como lamentaba Voltaire, hayamos de dejarlo tan necio y mísero como lo encontramos al nacer, parece todavía una idea soportable ante la sospecha de que dentro de dos mil años aún será tan necio y mísero como lo era dos mil años antes de nosotros.

Tal vez fuese otro el juicio, o mejor dicho seguramente lo sería, si pudiéramos abarcar totalmente la historia, el conjunto del universo humano, aunque a mi modo de ver eso quizá sería peor. Pero la verdad es que el conocimiento completo de los hechos es utópico, limitado nuestro saber histórico, perdidas o intencionadamente destruidas muchas informaciones valiosas; de la mayoría de los acontecimientos,



además, jamás quedó comprobante alguno. Todo cuanto sabemos, a excepción de algunos testigos de piedra, visibles o desenterrados por los arqueólogos, se lo debemos a la historiografía. Y por minúscula que sea la noticia que ella nos da, nada más podemos averiguar: *quod non est in actis, non est in mundo*.

Como cualquier otro historiador, yo sólo contemplo una historia de entre las incontables historias posibles, particular, peor o mejor delimitada; e incluso de ese aspecto parcial no puede considerarse todo el “complejo de la acción”, idea absurda, dado además el volumen de los datos existentes: teóricamente imaginable, pero prácticamente imposible y ni siquiera deseable.

No. El autor que se proponga escribir *La historia criminal del cristianismo* se ve constreñido a mencionar sólo el lado negativo de esa religión. No presentará un *continuum* sin fisuras, cosa también imposible, por supuesto, sino un “modelo de realidad” conforme a su propósito, en el que señalará únicamente los hechos más destacados y sintomáticos del devenir cronológico, los rasgos esenciales e históricamente relevantes, los que acarrearón las consecuencias más graves, los efectos más negativos y terribles, cuyo peso ha excedido a fin de cuentas el de los supuesta o realmente positivos. Quiero mostrar asimismo la tendencia que determina la historia, esa tendencia de fondo que ha condicionado o marcado durante esos dos mil años los destinos de las generaciones y las naciones, influidas, dominadas o

combatidas por el cristianismo; señalaré las cabezas y las ideas rectoras de esa política cristiana, sus declaraciones, sus acciones, y muchos miles de hechos, hechos típicos, no alineados intencionadamente en un contexto tendencioso, ni con intención maliciosa ni calumniadora, sino presentados en su verdadero y propio contexto.

Quien prefiera leer acerca de otros aspectos, que lea otros libros: *La fe gozosa*, por ejemplo, *El Evangelio como inspiración*, *¿Es verdad que los católicos no son mejores que los demás?*, *¿Por qué amo a mi Iglesia?*, *El cuerpo místico de Cristo*, *Bellezas de la Iglesia católica*. *Bajo el manto de la Iglesia católica*. *Dios existe (Yo le he conocido)*. *El camino del gozo hacia Dios*, *La buena muerte del católico*. *Con el rosario hacia el Cielo*, *SOS desde el Purgatorio*, *El heroísmo del matrimonio cristiano*.

O si le parece demasiado monótona esa selección, provista casi siempre de *Imprimatur*, hay otros heroísmos, no sólo el del matrimonio cristiano: *Heridas del héroe*. *La Cruz en el hospital de campaña*. *Nuestra guerra (Consideraciones éticas)*, *La conciencia ético-religiosa durante la guerra mundial*. *La guerra mundial a la luz de los sermones de campaña del protestantismo alemán*. *Lucha y victoria (Ideas en Viernes Santo y Pascua como mensaje de la Patria para el Ejército y la Armada)*, *Libro de himnos para el personal militar evangélico*. *Bendiciones para el frente de batalla*. *El pastor de almas en la guerra*. *Pastores en el ejército de Hitler*, *¡A las armas! Fidelidad hasta la muerte*. *Caídos en el seno del Señor*, *Jóvenes caídos con honor*. *Bienaventurados sean los caídos*, *María Auxiliadora de Occidente (Fátima y la*



*“Vencedora en todas las batallas de Dios”: el combate decisivo en Rusia).*

¡La literatura pro-cristiana! Más numerosa que las arenas del mar: contra 10.000 títulos apenas uno por el estilo de esta *Historia criminal del cristianismo*. Sin olvidar los millones de ejemplares que suman las incontables publicaciones periódicas confesionales, y que medio mundo anda lleno de reclutadores profesionales del cristianismo, de iglesias, de conventos; incluso las pequeñas pantallas están saturadas de Cruz y de Cristo, hasta el punto de que si Goethe viviera hoy, tendría motivos para repetir aquel sarcasmo suyo: “Entre tantas cruces y cristos/al Cristo verdadero y a su Cruz han ocultado”; en nuestros televisores veremos desde la ingeniosa *Palabra de Dios dominical* hasta las infiltraciones en todas las emisiones imaginables de todos los espacios culturales, sin olvidar la bendición papal *urbi et orbe* en no sé cuántos idiomas. Y resulta que verdaderamente hay entre los cristianos hombres de buena voluntad, como sucede en todas las religiones y en todos los partidos, lo que no debe tomarse como dato en favor de esas religiones y partidos, porque si eso se admitiese, ¡cuántos sinvergüenzas testimoniarían en contra! Hay incluso pastores que se inmolan voluntariamente por sus ovejas, aunque los jefes de esos pastores prefieran comérselas. Porque todas las religiones viven, en parte, del hecho que algunos de sus creyentes son mejores que ellas. Y los cristianos buenos son los más peligrosos, porque tienden a confundirse con el

cristianismo, o para decirlo con las palabras de Lichtenberg, “existen muchos cristianos justos, indiscutiblemente, sólo que no es menos cierto que sus obras *in corpore* y como tales nunca han servido para gran cosa”.

Juicios semejantes y expresados en términos bastante más contundentes los hallamos en personajes tan diferentes entre ellos como Giordano Bruno, Bayle, Voltaire, Diderot y Helvecio, Goethe, Schiller y Schopenhauer, Heine y Feuerbach, Shelley y Bakunin, Marx, Mark Twain o Nietzsche. O como Hebbel, quien vio que “el cristianismo trajo al mundo escasas bendiciones y muchas desgracias”, observación en la que, dice, “coinciden muchas de las cabezas mejores y más nobles”. Y halla las causas no en la *Iglesia* cristiana, como la mayoría de los críticos, sino “en la *religión* cristiana”, esa “peste de la Humanidad”, “germen de toda discordia”: “Odio y aborrezco el cristianismo”; y quiere plantear “a la altanería cristiana una única pregunta: ¿cómo se explicaría que todo el que alguna vez fue importante en este mundo pensó del cristianismo lo mismo que pienso yo?”.

Que los cristianos, repitiendo la expresión de Lichtenberg, *in corpore* y en sus obras como tales nunca han servido para gran cosa, y que tenemos pleno derecho a compartir el desprecio de Hebbel hacia el cristianismo; es lo que se propone demostrar esta historia de “los crímenes del cristianismo”.

¿En qué se basa mi trabajo?



Lo mismo que la mayoría de los estudios históricos, se basa en las fuentes, en la “tradición”, en la historiografía contemporánea. Es decir, sobre todo en textos. Se funda en la bibliografía histórica secundaria y sus ciencias auxiliares, la numismática, la heráldica, la sigilografía y otras, sin olvidar la utilidad de ciertas disciplinas parciales y estudios vecinos, en particular, como es lógico, la historia de la Iglesia con sus múltiples apartados que se entrecruzan: la historia de las misiones, la de la fe, la de las doctrinas teológicas y los dogmas, las vidas de mártires y otros religiosos, la historia del papado e incluso la historia de las “devociones”. Hay que tener en cuenta, asimismo, a la arqueología, la historia económica y social, la historia del derecho común y constitucional, la historia militar y de la guerra, la geografía y la estadística. Un espectro tan amplio de disciplinas, en muchas de las cuales las investigaciones se hallan además tan avanzadas que incluso los especialistas tienen dificultad en seguirlas, sólo puede explotarse de manera parcial, incompleta.

Sin embargo, hay una cuestión más importante que la de las bases de mi trabajo, bastante obvias por otra parte. Esa cuestión es: ¿cómo veo yo la historia? ¿Y cómo la describiré? Porque las diferencias de planteamiento metodológico suelen determinar desde el primer momento los puntos de vista y las valoraciones. Un teórico de la ciencia como Wolfgang Stegmüller ha llegado a afirmar que “el método elegido determina en

grado decisivo la perspectiva teórica resultante de la investigación”.

Nadie creerá que el autor de una *Historia criminal del cristianismo* vaya a tomar de la Revelación, ni de Roma, los principios de su historiografía, ni siquiera de una noción protestante de la Iglesia, por espiritualizada que nos la presenten, ni de ninguna interpretación teológica de la historia por “progresista” que se pretenda. Esos saltos místificantes de fronteras, hacia las categorías de la perspectiva sobrenatural, ese pasar de la historia a la “intrahistoria” y de las esferas terrestres a las celestes, quedan reservados a los apóstoles del delirio histórico-salvífico, a los numerosos lacayos de la Iglesia condicionados desde el seno materno y la familia, pasando por el bautismo (es decir, en el fondo, por un azar geográfico) y hasta llegar a los honores, a los premios, a las cátedras, a las prebendas, aunque en el fondo, según me ha demostrado la experiencia, sean unos “creyentes” tanto más escépticos cuanto más inteligentes.

Pero ¿qué diré de mi propia objetividad? ¿Acaso no soy parcial también? ¿No hablo desde mis propios prejuicios?

¡Naturalmente! Como cualquier hijo de vecino. Porque todos somos subjetivos, todos estamos condicionados por múltiples influencias, individuales y sociales, por nuestro origen, nuestra educación, nuestro ambiente social, nuestra época, las experiencias de nuestra vida, los intereses que nos llevan a explorar estas o aquellas áreas del conocimiento,



por nuestra religión o irreligión; en fin, por una multiplicidad de influjos variados y toda una red de vínculos determinantes.

Si todos estamos condicionados, lo mismo cabe decir del historiador. El primero en admitirlo, para lo tocante a la ciencia histórica, fue Chladenius. Así que yo también tengo mi “punto de mira”, según la terminología un poco obsoleta de Chladenius, o mi “posicionamiento”, de acuerdo con la noción clásica introducida por Karl Mannheim en la sociología de la ciencia; sin duda, estoy también determinado por un cierto clima de opinión contemporáneo, por mis estudios y por los demás conocimientos que he ido adquiriendo. Admito que antes de ponerme a escribir había tomado ya ciertas decisiones; sólo un inconsciente podría abordar una tarea así desde una pretensión de completa imparcialidad. Pero, prescindiendo de que una investigación iniciada desde esa óptica apenas conseguiría interesar a nadie, ni siquiera el más ignorante podría seguir siéndolo por tiempo indefinido, porque no tardaría en formarse algunas “opiniones previas”, de cualquier signo que fuesen.

Uno de mis críticos me acusaba de “parcialidad” por exponer en el prólogo de un trabajo mío ciertas tesis que, a su entender, debían figurar al final. Prescindiendo de que yo, como la mayoría de los autores, suelo escribir el prólogo cuando la obra está terminada, cuando empiezo un libro, naturalmente, y también como la mayoría de los autores, tengo una idea bastante aproximada de lo que voy a poner

en él. Esto lo sabe cualquiera que haya escrito aunque sólo sea una carta. Hay que señalar que la investigación y la descripción, en historia, no sólo viven de coincidencias, como dice Droysen, sino que las buscan deliberadamente. Es preciso “saber lo que se busca, porque sólo así lo encuentra uno; las cosas hablan con tal de que uno sepa preguntarles”.

Después de estudiar la historia, y en particular la del cristianismo, durante muchos lustros, y a medida que uno va conociéndola mejor, se forma una cierta Filosofía de la historia (Voltaire fue el primero que utilizó ese término), una cierta opinión del cristianismo, no peor, porque no podía serlo, y repito que no soy el único que piensa así. Pero cuando expongo sin rodeos mi subjetividad, mi “punto de mira” y mi “posicionamiento”, me parece que demuestro mi respeto al lector mejor que los escribas mendaces que quieren vincular su creencia en milagros y profecías, en transubstanciaciones y resurrecciones de entre los muertos, en cielos, infiernos y otros prodigios, con la pretensión de objetividad, de veracidad y de rigor científico.

¿Acaso no soy yo, con mi parcialidad confesa, menos parcial que ellos? ¿Es que mi experiencia, mi formación, no me autorizan a formarme una opinión más independiente acerca del cristianismo? Al fin y al cabo yo abandoné el cristianismo, pese a haberme formado en un hogar profundamente religioso, tan pronto como aquél dejó de parecerme verdadero, con lo que no dejaba de privarme de ciertas oportunidades que, de otro modo, quizá habrían estado a



mi alcance. ¡Siempre me sorprende comprobar cómo el partido cristiano niega seriedad a las interpretaciones de la historia soviética ofrecidas por historiadores soviéticos, mientras toma muy en serio las interpretaciones cristianas de los teólogos cristianos!

Admitámoslo: todos somos “parciales”, y el que pretenda negarlo miente. No es nuestra parcialidad lo que importa, sino el confesarla, sin fingir “objetividades” imposibles ni elevar pretensiones de “verdades eternas”. Lo que importa es la cantidad y la calidad de las pruebas que aduzcamos para documentar nuestra “parcialidad”, si las fuentes utilizadas son relevantes, si el instrumental metodológico, el nivel de argumentación y la capacidad crítica son adecuados. Lo decisivo, en fin, es la superioridad palmaria de una “parcialidad” sobre otra.

¡Todos somos parciales! Todo historiador tiene sus determinantes vivenciales y psíquicas, sus opiniones previamente formadas. La situación de cada uno está socialmente determinada, en función de la clase y del grupo. Todos tenemos nuestras simpatías y nuestras antipatías, conocemos nuestras hipótesis favoritas y nuestros sistemas de valores. Cada cual juzga de manera personal, especulativa, condicionado por su propio horizonte mental a la hora de plantearse los problemas, y en el trasfondo de sus trabajos pueden hallarse siempre “explícitas, o implícitas como sucede más a menudo [...] convicciones de alcance muy general acerca de la Filosofía de la historia” (W. J. Mommsen).

**FIN DE LA I PARTE.**  
**SIGUE EN LA II PARTE, a partir de la p. 58.**